

La Resurrección de Nuestro Señor Jesús



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La Resurrección de Nuestro Señor Jesús

Nº 1653

Un sermón predicado la mañana del Domingo 9 de Abril de 1882 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio.” — 2 Timoteo 2: 8 ([a](#)).

Como resultado de una prolongada enfermedad, mi mente es apenas capaz de realizar la tarea que tengo ante mí. En verdad, si alguna vez yo hubiese pretendido la brillantez del pensamiento o del lenguaje, habría fracasado el día de hoy, pues me encuentro casi en el grado supremo de incapacidad. Ante el pensamiento de predicarles esta mañana, únicamente he sido reconfortado por la reflexión de que Dios bendice la propia doctrina, y no la forma en la que pueda ser expresada, pues si Dios hubiese hecho que el poder dependiese del predicador y de su estilo, habría decidido que la resurrección, la mayor de todas las verdades, debería ser proclamada por ángeles y no por hombres. Sin embargo, hizo a un lado al serafín por una criatura más humilde. Después de que los ángeles dijeron una palabra o dos a las mujeres, su testimonio cesó.

El más prominente testimonio de la resurrección del Señor fue inicialmente el de las santas mujeres, y después fue el de cada uno de los sencillos hombres y mujeres que formaban el grupo de quinientas o más personas que tuvieron el privilegio de haber visto de hecho al Salvador resucitado, y que, por tanto, podían dar testimonio de lo que habían visto, aunque hubiesen sido bastante incapaces de describir con elocuencia lo que habían contemplado.

No tengo nada que decir acerca de la resurrección de nuestro Señor, y los ministros de Dios no tienen tampoco nada que decir, más allá de dar

testimonio del hecho de que Jesucristo, de la simiente de David, resucitó de los muertos. Aunque lo convirtieran en poesía, aunque lo declararan en el sublime verso de Milton, vendría a ser lo mismo; aunque lo proclamaran en monosílabos, y lo escribieran de tal manera que los niños pudieran leerlo en sus primeros abecedarios, se reduciría a lo mismo.

“Ha resucitado el Señor verdaderamente” es la suma y sustancia de nuestro testimonio, cuando hablamos de nuestro Redentor resucitado. Basta con que sepamos la verdad de esta resurrección, y que sintamos su poder, para que el modo de nuestra predicación sea de una trascendencia secundaria, pues el Espíritu Santo dará testimonio de la verdad, y hará que produzca fruto en las mentes de nuestros oyentes.

Nuestro presente texto se encuentra en la segunda carta de Pablo a Timoteo. El venerable ministro está ansioso por el joven que ha predicado con éxito notable, y a quien considera de algún modo como su sucesor. El anciano está a punto de abandonar el cuerpo, y tiene el propósito de que su hijo en el Evangelio predique la misma verdad que su padre ha predicado, y de que no adúltere en modo alguno el Evangelio.

En los días de Timoteo se había manifestado una tendencia, —que por lo demás existe en estos precisos tiempos— de tratar de apartarse de las simples realidades sobre las que está construida nuestra religión, para ocuparse de cosas más filosóficas y difíciles de entender. La palabra que la gente común acogió con alegría, no es lo suficientemente refinada para los sabios ilustrados y, por tanto, deben recubrirla con una niebla de pensamiento y de especulación humanos.

Tres o cuatro hechos simples constituyen el Evangelio, según lo expone Pablo en el capítulo quince de su primera Epístola a los Corintios: “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.” Nuestra salvación depende de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesús. El que cree rectamente en estas verdades, ha creído en el Evangelio, y creyendo en el Evangelio, encontrará en él, sin duda alguna, la salvación eterna.

Pero los hombres buscan cosas novedosas; no pueden tolerar que la trompeta emita el mismo sonido inevitable; ellos ansían cada día alguna novedosa fantasía musical. “El Evangelio con variaciones”, esa es la música para ellos. Dicen que el intelecto es progresivo; por tanto, han de marchar por delante de sus antecesores. La Deidad encarnada, una vida santa, una muerte expiatoria, y una resurrección literal, todos estos son temas de los que ya han oído durante cerca de diecinueve siglos, y por tanto, se han vuelto un poco rancios, y la mente cultivada tiene hambre de un cambio del anticuado maná.

Esta tendencia era manifiesta incluso en los días de Pablo, y así, decidieron considerar los hechos como misterios o parábolas, y se esforzaron por encontrar un significado espiritual en esos hechos, pero fueron tan lejos, que llegaron a negarlos como hechos reales. En la búsqueda de un significado recóndito, pasaron por alto el hecho mismo, perdiendo la sustancia en una insensata preferencia por la sombra. A pesar de que Dios puso delante de ellos gloriosos eventos que llenan al cielo de asombro, ellos mostraron su necia sabiduría al aceptar los sencillos hechos históricos como mitos que han de ser interpretados o acertijos que han de ser resueltos. Aquel que creía como un niño fue apartado a un lado como un necio para que el controversista y el escriba pudieran entrar para envolver a la simplicidad en el misterio, y ocultar la luz de la verdad. De aquí que surgieran ciertos individuos como Himeneo y Fileto “que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos.”

Busquen el versículo diecisiete y léanlo por ustedes mismos. Volatilizaron a la resurrección; hicieron que significara algo muy profundo y místico, y en el proceso, quitaron por completo la resurrección real. Entre los hombres hay todavía un ansia de nuevos significados, de refinamientos sobre las viejas doctrinas, y espiritualizaciones de hechos literales. Arrancan con violencia las entrañas de la verdad, y nos entregan el esqueleto relleno de hipótesis, especulaciones, y mayores esperanzas. Los escudos de oro de Salomón son retirados, y en su lugar son colgados escudos de latón: ¿acaso esos escudos no responderán mejor a cada propósito, y no es el metal más acorde con la época? Podría ser, pero nunca

admiramos a Roboam, y somos lo suficientemente anticuados para preferir los escudos originales de oro.

El apóstol Pablo estaba muy ansioso de que Timoteo se mantuviera firme al menos en cuanto a la antigua fe, y entendiera en su claro significado los testimonios de Pablo referentes al hecho de que Jesucristo, de la simiente de David, resucitó de los muertos.

Dentro del alcance de este versículo, se registran varios hechos: y, primero, aquí está la gran verdad de que Jesús, el Hijo del Altísimo, fue ungido de Dios; el apóstol le llama: “Cristo Jesús”, esto es, el Mesías, el enviado de Dios. También le llama: “Jesús”, que significa un Salvador, y es una grandiosa verdad que quien nació de María, quien fue colocado en el pesebre en Belén, quien nos amó y vivió y murió por nosotros, es el Salvador, ordenado y ungido, de los hombres. Nosotros no dudamos ni un instante acerca de la misión, el oficio, y el propósito de nuestro Señor Jesús; en verdad, nosotros colgamos la salvación de nuestras almas del hecho de que Él es el ungido del Señor para ser el Salvador de los hombres.

Este Jesucristo fue real y verdaderamente hombre, pues Pablo dice que Él fue “del linaje de David”. Es cierto que era divino, y Su nacimiento no fue según la manera ordinaria de los hombres, pero aún así, fue partícipe en todos los sentidos de nuestra naturaleza humana, y provino del linaje de David. Nosotros también creemos esto. No estamos entre aquellos que espiritualizan la encarnación, y que suponen que Dios estuvo aquí como un fantasma, o que toda esa historia no es sino una instructiva leyenda.

No, en carne verdadera y sangre verdadera el Hijo de Dios habitó entre los hombres: Él fue hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne en los días de Su morada aquí abajo. Nosotros sabemos y creemos que Jesucristo ha venido en la carne. Amamos al Dios encarnado, y en Él fijamos nuestra confianza.

También está implícito en el texto que Jesús murió; pues no habría podido resucitar de los muertos si no hubiese descendido primero entre los muertos, y no hubiese sido uno de ellos. Sí, Jesús murió: la crucifixión no fue un engaño; Su costado traspasado con una lanza fue una prueba sumamente clara y evidente de que estaba muerto: Su corazón fue

traspasado, y sangre y agua brotaron de allí. Como un muerto fue bajado de la cruz y llevado por benévolas manos y puesto en el sepulcro nuevo de José.

Me parece ver ese cadáver pálido, blanco como un lirio. Observen cómo está teñido con la sangre de Sus cinco heridas, que lo tornan rojo como la rosa. Vean cómo las santas mujeres lo envuelven en lino fino con especias aromáticas, y le dejan para que pase Su día de reposo completamente solo en el sepulcro cavado en la roca. Ningún hombre de este mundo estuvo jamás más ciertamente muerto que Él. “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”. Como muerto lo colocaron en el lugar de los muertos, con sudario y vendas y el vestuario adecuado para una tumba: luego rodaron la gran piedra frente a la boca de la cueva y le dejaron, sabiendo que estaba muerto.

A continuación viene la grandiosa verdad de que tan pronto como el tercer sol comenzó su rutilante recorrido, Jesús resucitó. Su cuerpo no había sufrido corrupción, pues no era posible que ese cadáver santo viera corrupción; pero aun así, había estado muerto; y por el poder de Dios, —por Su propio poder, por el poder del Padre, por el poder del Espíritu— pues es atribuido alternativamente a cada uno de ellos, antes de que el sol hubiere salido, su cadáver fue revivido. El corazón silente comenzó a latir otra vez, y la sangre vital comenzó a circular a través de los canales estancados de la venas. El alma del Redentor tomó posesión del cuerpo otra vez, que vivió una vez más. Allí estaba dentro del sepulcro, vivo, en verdad, en cuanto a todas sus partes, como lo estuvo siempre. Él salió de la tumba, literal y verdaderamente, en un cuerpo material, para vivir entre los hombres hasta la hora de Su ascensión al cielo.

Esta es la verdad que ha de enseñarse todavía, a pesar de que alguien quiera refinarla, o de que alguien se atreva a espiritualizarla. Este es el hecho histórico que los apóstoles presenciaron; esta es la verdad por la que confesores se desangraron y murieron. Esta es la doctrina que es la piedra angular del cristianismo, y aquellos que no la sostienen han hecho a un lado la verdad esencial de Dios. ¿Cómo pueden esperar la salvación de sus almas, si no creen que “ha resucitado el Señor verdaderamente”?

Esta mañana deseo hacer tres cosas. Primero, consideremos las repercusiones de la resurrección de Cristo en cuanto a otras grandes verdades; en segundo lugar, consideremos las repercusiones de este hecho en cuanto al Evangelio, pues de acuerdo al texto tiene tales repercusiones: “Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio”; en tercer lugar, hemos de considerar sus repercusiones en nosotros, que están todas indicadas en: “Acuérdate”.

I. Primero, entonces, amados, con la ayuda de Dios, hemos de CONSIDERAR LAS REPERCUSIONES DEL HECHO DE QUE JESÚS RESUCITÓ DE LOS MUERTOS.

Es claro de entrada que la resurrección de nuestro Señor fue una prueba tangible de que hay otra vida. ¿No han citado ustedes muchísimas veces ciertas líneas acerca de “ese país ignoto de cuyos límites ningún viajero regresa”? No es así. Hubo una vez un viajero que dijo: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. Él dijo: “Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre.” ¿No recuerdan esas palabras Suyas? Nuestro divino Señor fue al país ignoto y regresó. Él dijo que al tercer día estaría de regreso y fue fiel a Su palabra. No hay ninguna duda de que hay otro estado para la vida humana, pues Jesús ha estado en él, y ha regresado de él. No tenemos ninguna duda en cuanto a la existencia futura, pues Jesús existió después de la muerte. No tenemos ninguna duda en cuanto a un paraíso de futura bienaventuranza, pues Jesús fue allí y regresó. Aunque Él nos volvió a dejar, sin embargo, Su regreso para quedarse con nosotros durante cuarenta días, nos ha dado una segura garantía de que retornará una segunda vez cuando llegue la hora señalada, y entonces estará con nosotros durante mil años, y reinará en la tierra entre Sus ancianos gloriosamente. Su regreso de los muertos es una garantía para nosotros de la existencia después de la muerte, y nos regocijamos en ella.

Su resurrección es también una garantía de que el cuerpo vivirá en verdad otra vez y de que se elevará a una condición superior, pues el cuerpo de nuestro bendito Maestro no era el de ningún fantasma después de la muerte, como tampoco lo fue antes. “Palpad, y ved”. ¡Oh portentosa

prueba! Dijo: “Palpad, y ved”; y luego dijo a Tomás: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado.” ¿Qué engaño sería posible en esto? El Jesús resucitado no era un mero espíritu. Él clamó prestamente: “Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.” “¿Tenéis aquí algo de comer”?, les preguntó; y como para mostrarles cuán real era Su cuerpo, aunque no tenía necesidad de comer, sin embargo, comió, y una parte de un pez asado y un panal de miel fueron pruebas de la realidad del acto.

Ahora, el cuerpo de nuestro Señor en su estado resucitado, no mostró por completo su glorificación; pues de lo contrario habríamos visto a Juan caer a Sus pies como muerto, y habríamos visto a todos Sus discípulos sobrecogidos por la gloria de la visión; pero, sin embargo, en una gran medida, podríamos llamar la estadía de cuarenta días: “la vida de Jesús en Su gloria sobre la tierra”. Ya no era más despreciado y desechado entre los hombres, sino que estaba rodeado de gloria. Es evidente que el cuerpo resucitado pasaba de un lugar a otro en un instante, que aparecía y desaparecía a voluntad, y era superior a las leyes de la materia. El cuerpo resucitado era incapaz de sentir dolor, o hambre, o sed, o cansancio durante el tiempo en el que permaneció aquí abajo: era un representante apropiado de todos aquellos que durmieron, de los cuales era las primicias.

De nuestro cuerpo también se dirá en breve: “Fue sembrado en debilidad, es resucitado en poder: fue sembrado en deshonra, es resucitado en gloria.” Entonces, al pensar en el Cristo resucitado, debemos estar muy seguros de una vida futura, y muy seguros de que nuestro cuerpo existirá en ella en una condición glorificada.

Yo no sé si a veces ustedes se ven turbados por las dudas en conexión con el mundo venidero, en cuanto a si podrá ser cierto que viviremos eternamente. Este es el aspecto que hace que la muerte sea muy terrible para los que dudan; pues aunque creen en la realidad del sepulcro, no han creído en la realidad de la vida que está más allá de la tumba.

Ahora, la mejor ayuda para creer en esa realidad, es el firme asidero en el hecho de que Jesús murió y Jesús resucitó. Este hecho está demostrado más que cualquier otro evento en la historia; su testimonio es mucho más fuerte que de cualquier otra cosa que esté escrita, ya sea en los registros

profanos o sagrados. Ya que la resurrección de nuestro Señor Jesucristo es verdadera, pueden estar seguros de la existencia de otro mundo. Esa es la primera repercusión de esta grandiosa verdad.

En segundo lugar, la resurrección de Cristo de los muertos fue el sello de todas Sus afirmaciones. Entonces, era cierto que fue enviado por Dios, pues Dios le resucitó de los muertos en confirmación de Su misión. Él mismo había dicho: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.” ¡Mirad: allí está: el templo de Su cuerpo ha sido reconstruido! Él había dado incluso esto como una señal, es decir, que como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estaría el Hijo de Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches, y luego saldría a resurrección de vida otra vez. ¡Contemplan Su propia señal elegida, cómo fue cumplida! ¡La señal es manifiesta ante los ojos de los hombres!

Supongan que no hubiera resucitado nunca. Ustedes y yo habríamos podido creer en la verdad de una cierta misión que Dios le había dado; pero nunca habríamos podido creer en la verdad de una tal comisión como la que afirmaba que había recibido: una comisión de ser nuestro Redentor de la muerte y del infierno. ¿Cómo podría ser Él nuestro rescate del sepulcro, si Él mismo hubiere permanecido bajo el dominio de la muerte?

Queridos amigos, la resurrección de Cristo de los muertos demostró que este hombre era inocente de todo pecado. Él no podía ser retenido por los lazos de la muerte, pues no había pecado que consolidara esos lazos. La corrupción no podía tocar Su cuerpo puro, pues ningún pecado original había contaminado al Santo. La muerte no podía retenerle como un prisionero permanente, porque Él no había caído bajo pecado; y aunque tomó nuestro pecado, y lo llevó por imputación, y, por tanto, murió, Él no tenía ninguna culpa propia, y debía, entonces, ser liberado cuando Su carga imputada hubiese sido quitada.

Además, la resurrección de Cristo de los muertos demostró Su pretensión a la Deidad. Se nos informa en otro lugar que se comprobó que era el Hijo de Dios con poder por la resurrección de los muertos. Él resucitó por Su propio poder, y aunque el Padre y el Espíritu Santo cooperaron con Él, y por ello, Su resurrección es atribuida a ambos, sin embargo, fue

debido a que el Padre le había dado el tener vida en Sí mismo, que resucitó de los muertos.

¡Oh, Salvador resucitado, Tu resurrección es el sello de Tu obra! No podemos tener ninguna duda acerca de Ti, ahora que has abandonado el sepulcro. ¡Profeta de Nazaret, Tú eres en verdad el Cristo de Dios, pues Dios soltó las amarras de la muerte para Ti! ¡Hijo de David, Tú eres en verdad el elegido y el precioso Ser, pues vives para siempre! Tu vida de resurrección ha puesto la firma del Soberano del cielo a todo lo que has dicho y hecho, y por esto, bendecimos y ensalzamos Tu nombre.

Una tercera repercusión de Su resurrección es esta, y es muy grandiosa: la resurrección de nuestro Señor, de acuerdo a la Escritura, fue la aceptación de Su sacrificio. Por la resurrección del Señor Jesucristo de los muertos fue dada evidencia de que había soportado plenamente el castigo que era debido a la culpa humana. “El alma que pecare, esa morirá”: esa es la determinación del Dios del cielo. Jesús está en el lugar del pecador y muere: y cuando ha hecho eso, no se puede demandar nada más de Él, pues quien está muerto es libre de la ley.

Tomen a un hombre que haya sido culpable de una ofensa capital: es condenado a la horca, y es colgado del cuello hasta que muere; ¿qué más tiene que hacer la ley con él? Ha acabado con él, pues ha ejecutado la sentencia que recaía sobre él; si pudiera ser traído de nuevo a la vida, él estaría libre de la ley; ningún decreto que circulara en los dominios de su majestad podría tocarle, pues ha sufrido el castigo.

De igual manera, cuando nuestro Señor Jesús resucitó de los muertos, después de haber muerto, había pagado totalmente el castigo que era debido a la justicia por el pecado de Su pueblo, y Su nueva vida era una vida libre de castigo, libre de responsabilidad. Ustedes y yo estamos libres de los reclamos de la ley porque Jesús estuvo en nuestro lugar, y Dios no exigirá el pago tanto de nosotros como de nuestro Sustituto: sería contrario a la justicia entablar juicio tanto contra la Fianza como contra aquellos por los que fue presentada la fianza. Y ahora, ¡gozo sobre gozo!, la carga de responsabilidad que una vez descansó sobre el Sustituto es quitada de Él también; viendo que, por el sufrimiento de la muerte, ha vindicado a la justicia y ha dado satisfacción a la ley quebrantada.

Ahora, tanto el pecador como la Fianza son libres. Esto es un gran gozo, un gozo por el cual hay que hacer que las arpas de oro toquen una más sublime música. Aquel que asumió nuestra deuda, se ha liberado a Sí mismo de ella cuando murió en la cruz. Su nueva vida, ahora que ha resucitado de los muertos, es una vida libre de cualquier reclamo legal, y es la señal para nosotros de que somos también libres, ya que Él nos representó.

¡Escuchen! “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió: más aun, el que también resucitó”. En sí es un golpe que derriba al miedo al suelo cuando el apóstol dice que no podemos ser condenados porque Cristo murió en nuestro lugar, pero le aplica una fuerza doble cuando clama: “Más aun, el que también resucitó”.

Por tanto, si Satanás se acercara a cualquier creyente y le dijera: “¿qué hay en cuanto a tu pecado?”, debe responderle que Jesús murió por él, y que su pecado ha sido quitado. Si viniera en una segunda instancia, y te dijera: “¿qué hay en cuanto a tu pecado?”, respóndele: “Jesús vive, y Su vida es la garantía de nuestra justificación; pues si nuestra Fianza no hubiese pagado la deuda, todavía estaría bajo el poder de la muerte.” Puesto que Jesús ha saldado todas nuestras deudas, y no ha dejado ni un centavo pendiente ante la justicia de Dios, atribuible a algún elemento de Su pueblo, Él vive y es libre, y nosotros vivimos en Él, y somos también libres en virtud de nuestra unión con Él. ¿No es esta una gloriosa doctrina, esta doctrina de la resurrección, en su repercusión sobre la justificación de los santos? El Señor Jesús se entregó por nuestros pecados, pero resucitó para nuestra justificación.

Sean indulgentes conmigo mientras comento, a continuación, otra repercusión de esta resurrección de Cristo. Fue una garantía de la resurrección de Su pueblo. Hay una gran verdad que no ha de ser olvidada nunca, es decir, que Cristo y Su pueblo son uno, tal como Adán y toda su simiente son uno. Lo que Adán hizo lo hizo como una cabeza por un cuerpo, y como nuestro Señor Jesús y todos los creyentes son uno, así lo que Jesús hizo lo hizo como una cabeza por un cuerpo. Fuimos crucificados conjuntamente con Cristo, fuimos enterrados con Cristo, y hemos

resucitado con Él; sí, juntamente con Él nos resucitó y asimismo nos ha hecho sentar juntos en los lugares celestiales con Cristo Jesús. Él dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” Si Cristo no resucitó de los muertos vana es su fe, y vana es nuestra predicación, y todavía están en sus pecados, y los que han muerto en Cristo han perecido, y ustedes perecerán también; pero si Cristo resucitó de los muertos, entonces todo Su pueblo ha de resucitar también; es un asunto de necesidad evangélica.

No hay lógica más imperativa que el argumento extraído de la unión con Cristo. Dios ha hecho a los santos uno con Cristo, y si Cristo resucitó, todos los santos han de resucitar también. Mi alma se aferra firmemente a esto y conforme consolida su agarre, pierde todo temor a la muerte. Ahora, nosotros llevamos a nuestros seres queridos al cementerio y dejamos a cada uno de ellos en su celda estrecha, dándoles el adiós calmadamente y diciendo:

Así Jesús durmió: el agonizante Hijo de Dios
Pasó por el sepulcro, y bendijo el lecho;
Descansa aquí, amado santo, hasta que desde Su trono
Rompa la mañana y atraviese la sombra.

No sólo nos corresponde saber que nuestros hermanos viven en el cielo, sino también que sus partes mortales están bajo custodia divina, guardadas seguramente hasta la hora señalada en la que el cuerpo sea reanimado, y el hombre perfecto goce de la adopción de Dios. Estamos seguros de que nuestros muertos vivirán; resucitarán conjuntamente con el cuerpo muerto de Cristo. Ningún poder podría mantener en cautividad a los redimidos del Señor. “Deja ir a mi pueblo” será un mandato tan obedecido por la muerte, como lo fue una vez por el faraón humillado que no pudo mantener en cautiverio a uno solo de los israelitas. El día de la liberación viene con presteza.

¡Despréndete de Su trono, ilustre mañana!
Atiende, oh tierra, a Su soberana palabra;
Una forma gloriosa restaura tu confianza:
Él ha de ascender para encontrarse con su Señor.

Además, la resurrección de nuestro Señor de los muertos es un hermoso cuadro de la nueva vida de la que todos los creyentes ya gozan. Amados, aunque este cuerpo está todavía sometido a servidumbre como el resto de la creación visible, de acuerdo a la ley enunciada en la Escritura, “el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado”, pero “el espíritu vive a causa de la justicia.” La regeneración que ha tenido lugar en quienes creen, ha cambiado nuestro espíritu, y le ha dado vida eterna, pero no ha afectado nuestro cuerpo más allá de esto: lo ha hecho ser el templo del Espíritu Santo, y así, es algo santo, y no puede ser detestable para el Señor, ni ser barrido entre las cosas impías; pero todavía el cuerpo está sujeto al dolor y al cansancio, y a la suprema sentencia de muerte.

No así el espíritu. Ya se ha cumplido dentro de nosotros una parte de la resurrección, puesto que está escrito, “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados.” Antes ustedes eran como los impíos, bajo la ley del pecado y de la muerte, pero han sido liberados de la servidumbre de la corrupción y llevados a la libertad de vida y gracia, habiendo obrado el Señor, “según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales.”

Ahora, justo como Jesucristo llevó, después de Su resurrección, una vida muy diferente de la que había llevado antes de Su muerte, así ustedes y yo, somos llamados a vivir una vida celestial y espiritual, elevada y noble, viendo que hemos sido resucitados de los muertos para no morir más. Gocémonos y regocijémonos en esto. Comportémonos como quienes están vivos de los muertos, como los hijos felices de la resurrección. No hemos de ser esclavos del dinero, o cazadores que van tras la fama mundana. No hemos de poner nuestros afectos en las impías cosas de este mundo muerto y putrefacto, sino que nuestros corazones deben volar hacia lo alto, como jóvenes pájaros que se han liberado de sus conchas, a lo alto, hacia el Señor y hacia las cosas celestiales en las cuales Él quiere que pongamos nuestras mentes. Una verdad viva, una obra viva, una fe viva, estas son las cosas para hombres vivos: hemos de despojarnos de la mortaja de nuestras antiguas concupiscencias, y vestir las ropas de luz y de vida. Que el Espíritu de Dios nos ayude a adentrarnos en la meditación de estas cosas en casa.

II. Ahora, en segundo lugar, HEMOS DE CONSIDERAR LAS REPERCUSIONES DE ESTE HECHO DE LA RESURRECCIÓN EN CUANTO AL EVANGELIO; pues Pablo dice: “Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi Evangelio”. A mí siempre me gusta ver de qué manera cualquier tipo de enunciado se relaciona con el Evangelio. Pudiera ser que yo no tuviera muchas más oportunidades de predicar, pero estoy decidido a esta cosa única: que no perderé nada de tiempo en temas secundarios, y cuando predique, habrá de ser el Evangelio, o algo muy cercanamente conectado con él. Me esforzaré cada vez por herir por la quinta costilla, y nunca dar golpes al aire. Aquellos que gustan de las superfluidades pueden tomar su ración llena de ellas, pero en cuanto a mí, he de apegarme a las grandiosas verdades necesarias por las cuales las almas de los hombres son salvadas.

Mi trabajo es predicar a Cristo crucificado y Su Evangelio que da a los hombres la salvación a través de la fe. Oigo cada vez y cuando acerca de sermones muy seductores sobre una u otra cosa nueva y resplendente. Algunos predicadores me recuerdan al emperador que tenía una maravillosa habilidad para esculpir cabezas de hombres en semillas de cerezas. Con qué multitud de predicadores contamos, que pueden hacer discursos maravillosamente finos a partir de un mero pensamiento pasajero, pero que no tienen ninguna trascendencia para nadie. Algunos de nosotros estaremos fríos en nuestras tumbas antes de que pasen muchas semanas, y no podemos darnos el gusto de jugar o de tomar las cosas a la ligera: necesitamos ver las repercusiones de todas las enseñanzas en nuestros destinos eternos, y en el Evangelio que derrama su luz en cuanto a nuestro futuro.

La resurrección de Cristo es vital, primero, porque nos dice que el Evangelio es el Evangelio de un Salvador vivo. No tenemos que enviar a nuestros penitentes al crucifijo, a la imagen muerta de un hombre muerto. No decimos: “¡Israel, estos son tus dioses!” No necesitamos que vayan a un pequeño niño Cristo criado por una mujer. Nada de ese tipo de cosas. ¡He aquí el Señor que vive y estuvo muerto y que vive por los siglos de los siglos, y que tiene las llaves de la muerte y del Hades! Contemplan en Él a un Salvador vivo y accesible, que desde la gloria clama todavía con amorosos acentos: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. “Puede también salvar perpetuamente a los que por

él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” Yo digo que tenemos un Salvador vivo, y ¿no es esta una gloriosa característica del Evangelio?

Noten a continuación que tenemos un Salvador poderoso en conexión con el Evangelio que predicamos; pues Aquel que tuvo el poder de resucitarse a Sí mismo de los muertos, tiene todo el poder ahora que ha resucitado. Aquel que en la muerte venció a la muerte, puede conquistar mucho más por Su vida. Aquel que, a pesar de estar en el sepulcro, pudo romper todas sus ataduras, puede seguramente liberar a todo Su pueblo. Aquel que, viniendo bajo el poder de la ley, cumplió la ley, liberando así a Su pueblo de la servidumbre, ha de ser poderoso para salvar. Ustedes necesitan un Salvador fuerte y poderoso, y sin embargo, no necesitan uno más fuerte que Aquel de quien está escrito que resucitó de los muertos. Qué bendito Evangelio tenemos que predicar: el Evangelio de un Cristo vivo que ha regresado de los muertos, llevando cautiva la cautividad.

Y ahora noten que tenemos que predicarles el Evangelio de la completa justificación. No venimos y decimos: “Hermanos, Jesucristo, por Su muerte, hizo algo por lo que los hombres pueden ser salvados si tienen una mente para serlo, y cumplen diligentemente con sus buenas resoluciones.” No, no; decimos que Jesucristo tomó el pecado de Su pueblo sobre Sí mismo y soportó sus consecuencias en Su propio cuerpo sobre el madero, de tal forma que murió; y habiendo muerto, y habiendo pagado de esta manera el castigo, vive otra vez; y ahora, todos aquellos por los que murió, todo Su pueblo cuyo pecado llevó, son libres de la culpa del pecado.

Ustedes me preguntarán: “¿quiénes son ellos?” Y yo respondo: todos los que creen en Él. El que cree en Jesucristo es tan libre de la culpa del pecado como lo es Cristo. Nuestro Señor Jesús tomó el pecado de Su pueblo, y murió en el lugar del pecador, y ahora, habiendo sido puesto Él mismo en libertad, todo Su pueblo es puesto en libertad en su Representante.

Esta doctrina es digna de ser predicada. Uno puede muy bien levantarse de su cama para hablar acerca de la perfecta justificación por medio de la fe en Cristo Jesús. Pero sería igual seguir durmiendo que levantarse para decir que Jesús logró poco o nada por Su pasión y Su resurrección. Algunos

parecen soñar que Jesús abrió un pequeño espacio por el cual tenemos una ligera oportunidad de alcanzar el perdón y la vida eterna, si somos diligentes durante muchos años.

Ese no es nuestro Evangelio. Jesús ha salvado a Su pueblo. Él ha cumplido la obra que le fue confiada. Terminó con la transgresión, puso un fin al pecado, y trajo la justicia eterna, y el que cree en Él no es condenado y no puede serlo nunca.

Además, la conexión de la resurrección y del Evangelio es esta: demuestra la seguridad de los santos, pues si cuando Cristo resucitó, Su pueblo resucitó también, resucitaron a una vida semejante a la de su Señor, y, por tanto, no pueden morir nunca. Está escrito, “Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él”, y lo mismo sucede con el creyente: si tú has muerto con Cristo y has resucitado con Cristo, la muerte no tiene más dominio sobre ti; no regresarás nunca a los miserables elementos del pecado, y no te convertirás en lo que eras antes de tu regeneración. No perecerás nunca, ni nadie te arrebatará de la mano de Jesús. Él ha puesto dentro de ti una simiente viva e incorruptible que vive y permanece para siempre. Él mismo dice: “El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” Por tanto, aférrense a esto, y que la resurrección de su Señor sea la garantía de su propia perseverancia final.

Hermanos, no puedo detenerme para mostrarles cómo esta resurrección toca al Evangelio en cada punto, pero Pablo está siempre lleno de ella. Pablo habla acerca de la resurrección más de treinta veces, y lo hace a veces muy extensamente, dedicando capítulos enteros a este glorioso tema. Entre más pienso en ello, más me deleito en predicar a Jesús y la resurrección. Las buenas nuevas de que Cristo ha resucitado son tan verdaderamente el Evangelio, como la doctrina de que vino entre los hombres y por los hombres presentó Su sangre como una recompensa. Si los ángeles cantaron gloria a Dios en las alturas cuando el Señor nació, me siento impelido a repetir esa nota, ahora que Él resucitó de los muertos.

III. Y así llego a mi último encabezamiento, y a la conclusión práctica: LA REPERCUSIÓN DE ESTA RESURRECCIÓN PARA NOSOTROS. Pablo nos pide expresamente: “Acuérdate de Jesucristo... resucitado”.

“Vamos”, —dirá alguno— “no la olvidamos”. ¿Estás seguro de que no la olvidas? Yo me descubro muy olvidadizo de las verdades divinas. No hemos de olvidarla, pues este primer día de la semana está consagrado, por los propósitos del día de reposo, a constreñirnos a pensar en la resurrección.

En el séptimo día, los hombres celebraban una creación terminada; en el primer día, nosotros celebramos una redención consumada. Entonces, guarden esto en mente. Ahora, si ustedes recuerdan que Jesucristo, de la simiente de David, resucitó de los muertos, ¿qué sigue entonces?

Primero, encontrarán que la mayoría de sus tribulaciones desaparecerán. ¿Eres probado por tu pecado? Jesucristo resucitó de los muertos para tu justificación. ¿Te acusa Satanás? Jesús resucitó para ser tu abogado e intercesor. ¿Son un obstáculo las debilidades? El Cristo vivo se mostrará fuerte en favor tuyo. Tú tienes un Cristo vivo, y en Él tienes todas las cosas. ¿Te aterra la muerte? Jesús, al resucitar de nuevo, ha vencido al último enemigo. Él vendrá y te recibirá cuando sea tu turno de pasar a través de la gélida corriente, y la vadearás en dulce compañía. ¿Cuál es tu problema? No me importa cuál sea, pues si sólo piensas en que Jesús vive, lleno de poder, lleno de amor y lleno de simpatía, habiendo experimentado Él todas tus pruebas, incluso hasta la muerte, tendrás tal confianza en Su tierno cuidado y en Su habilidad ilimitada, que seguirás Sus huellas sin ninguna duda. Recuerda a Jesús, y recuerda que resucitó de los muertos, y tu confianza se alzará como sobre alas de águilas.

A continuación, recuerden a Jesús, pues entonces verán cómo sus sufrimientos presentes son como nada comparados con Sus sufrimientos, y aprenderán a esperar la victoria sobre sus sufrimientos tal como Él obtuvo la victoria. Amablemente les pido que miren otra vez el capítulo, y encontrarán allí al apóstol diciendo en el versículo tercero: “Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo”, y más adelante, en el versículo once: “Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él”.

Ahora, entonces, cuando seas llamado a sufrir, piensa: “¡Jesús sufrió, sin embargo, Jesús resucitó de los muertos; salió de Su bautismo de dolores mejor y más glorificado por ello, y lo mismo sucederá conmigo!” Por tanto, entra al horno a la orden del Señor, y no temas porque ni siquiera olor de

fuego tendrás. Desciende incluso al sepulcro, y no pienses que el gusano terminará contigo, como tampoco terminó con Él. ¡Contempla en el Resucitado el tipo y modelo de lo que eres y de lo que habrás de ser! ¡Por tanto no temas, pues Él venció! No te quedes parado temblando, sino que prosigue valerosamente, pues Jesucristo, de la simiente de David, resucitó de los muertos, y tú, que eres de la simiente de la promesa, resucitarás de todas tribulaciones y aflicciones, y vivirás una vida gloriosa.

Vemos aquí, queridos hermanos, cuando se nos dice que nos acordemos de Jesús, que hay esperanza incluso en nuestra desesperanza. ¿Cuándo son más desesperadas las cosas para un hombre? Pues, cuando está muerto. ¿Sabes en qué consiste descender al sepulcro, en lo concerniente a tu debilidad interna? Yo sí lo sé. A veces me parece que todo mi gozo está enterrado como algo muerto, y toda mi presente utilidad y toda mi esperanza de ser útil en el futuro, están enterrados en un féretro y colocados bajo tierra como si fueran un cadáver. En la angustia de mi espíritu y en la desolación de mi corazón, podría llegar a considerar que es mejor morir que vivir. Tú dices que no debería ser así. Te concedo que no debería ser así, pero es así. Muchas cosas suceden dentro de las mentes de pobres mortales que no deberían suceder; pero si tuviéramos más valor y más fe, no sucederían. Ay, pero cuando bajamos, y bajamos, y bajamos, ¿no es acaso algo bendito que Jesucristo, de la simiente de David muriera, y resucitara de los muertos?

A pesar de que caiga hasta el fondo, y quede entre los muertos, me asiré a esta bendita esperanza: que así como Jesús resucitó de los muertos, de igual manera también mi gozo, mi utilidad, mi esperanza y mi espíritu, resucitarán. “Tú, que me has hecho ver muchas angustias y males, volverás a darme vida, y de nuevo me levantarás de los abismos de la tierra.” Estos abatimientos y estas heridas son buenos para nosotros. Experimentamos mucha muerte y es por nuestra muerte que vivimos. Muchos hombres no vivirán nunca hasta que su altivo yo sea inmolado.

Oh, orgulloso fariseo, si has de vivir entre aquellos que Dios acepta, tendrás que venir al matadero y ser cortado en pedazos así como sacrificado. “Esta es una obra terrible”, —dice alguien— “esta separación de junturas y médula, este desmembramiento y destrucción espirituales.”

Ciertamente es dolorosa, y sin embargo, sería una pérdida aflictiva si le fuera negada a alguien.

Ay, cuántos son tan buenos y tan excelentes, y fuertes y sabios, y capaces, y todo eso, que no pueden estar de acuerdo en ser salvados por gracia por medio de la fe. Si pudiesen ser reducidos a menos que nada, sería lo mejor que les pudiese ocurrir jamás. Recuerden lo que Salomón dijo que se podía hacer con el necio, pero que aun así no respondería: ‘que podía ser majado en un mortero entre granos de trigo majados con el pisón, —un trato bastante duro, por cierto— pero no se apartará de él su necedad.’

No por ese proceso únicamente, aunque sí a través de métodos similares, el Espíritu Santo saca a los hombres de su insensatez. Bajo sus operaciones que matan, este puede ser su consuelo, que si Jesucristo resucitó literalmente de los muertos (no de la enfermedad, sino de la muerte), y vive otra vez, lo mismo sucederá con Su pueblo. ¿Se metieron alguna vez justo bajo la pata del antiguo dragón, tal como pinta Bunyan que le ocurrió a Cristiano? Él es muy pesado y extrae el propio aliento de un individuo cuando lo convierte en su escabel. El pobre Cristiano estuvo allí con la pata del dragón sobre su pecho; pero fue capaz de extender su mano y de tomar su espada, la cual, por una buena providencia, estaba a su alcance. Entonces le propinó tal golpe letal a Apolión, que le obligó a extender sus alas de dragón y a alzar el vuelo para alejarse. El pobre peregrino aplastado y quebrantado, al tiempo que asestaba la estocada a su enemigo, gritaba: “no te regocijes por mí, oh enemigo mío; aunque caiga, me levantaré de nuevo.” Hermano, haz tú lo mismo. Tú, que estás cerca de la desesperación, haz de esto la fortaleza que vigorice tu brazo y acorace tu corazón. “Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio.”

Por último, esto prueba la futilidad de toda oposición a Cristo. Los doctos creen que van a destruir la religión cristiana. De conformidad a sus jactancias, ya ha llegado muy cerca de su fin. El púlpito es decadente, y no puede atraer la atención pública. ¡Subimos al púlpito y predicamos a bancas vacías! Esto es según lo que ven, o no ven. No nos queda nada excepto morir decentemente, (es lo que insinúan ellos). ¿Y qué pasa entonces?

Cuando nuestro Señor estaba muerto, cuando el cadáver frío como la arcilla estaba enterrado, vigilado por la soldadesca romana, con un sello sobre la piedra que cerraba el paso, ¿no estaba la causa en un riesgo mortal? Pero, ¿qué tal le fue? ¿Se extinguió? Cada uno de los discípulos que Jesús había llamado le abandonó, y huyó, ¿y no estaba entonces destruido el cristianismo? No, ese preciso día nuestro Señor ganó una victoria que sacudió a las puertas del infierno y provocó que el universo se quedara asombrado.

¡Los asuntos no van peor para Él en esta hora! Sus asuntos no se encuentran en una condición más triste hoy que en aquel entonces. No, véanle hoy y juzguen. ¡Sobre Su cabeza hay muchas coronas, y a Sus pies se inclinan las huestes de ángeles! ¡Jesús es hoy el capitán de las legiones, mientras que los Césares desaparecieron! Aquí está Su pueblo: necesitado, oscuro, despreciado, se los concedo, todavía, pero seguramente algo más numeroso de lo que era cuando Le colocaron en el sepulcro. Su causa no ha de ser aplastada; está medrando para siempre. Año tras año, siglo tras siglo, grupos de veraces y honestos corazones están marchando al frente para el ataque de la ciudadela de Satanás. El príncipe de este mundo tiene un baluarte aquí en la tierra, y hemos de capturarlo; pero todavía sólo vemos un pequeño progreso, pues fila tras fila los guerreros del Señor han marchado a la brecha y han desaparecido bajo el terrible fuego de la muerte. Todos los que han partido antes parecerían haber sido cortados y destruidos completamente, y todavía el enemigo retiene sus fortificaciones contra nosotros. ¿Piensas que no se ha hecho nada? ¿Se ha llevado la muerte a esos mártires, y confesores, y predicadores, y santos laboriosos, y no se ha logrado nada? En verdad, si Cristo estuviera muerto, yo admitiría nuestra derrota, pues los que han dormido en Él habrían perecido: pero como el Cristo vive, entonces la causa vive, y los que han caído no están muertos: se han desvanecido de nuestra vista por un poco de tiempo, pero si la cortina pudiese ser corrida, ¡cada uno de ellos podría ser visto que está de pie en su porción, ileso, coronado, victorioso! “Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?” ¡Estos son aquellos que fueron derrotados! Entonces, ¿por qué están vestidos de ropas blancas? Estos son aquellos que se adhirieron a una causa que ha sido derrotada. Entonces, ¿de dónde procede su larga línea de vencedores, pues no hay un hombre vencido entre todos ellos? La verdad ha de ser dicha. Derrota no es

la palabra para la causa de Jesús, el Príncipe de la casa de David. Hemos sido siempre victoriosos, hermanos; somos victoriosos ahora. ¡Sigán a su Señor en sus caballos blancos, y no tengan miedo! Le veo al frente con Su vestuario teñido en sangre sobre Él, recién salido del lagar donde ha hollado a Sus enemigos. Ustedes no tienen que ofrecer sangre expiatoria, sino únicamente vencer tras su Señor. Pónganse sus ropas blancas y síganle montando sus caballos blancos, venciendo, y para vencer. Él está más cerca de lo que pensamos, y el fin de todas las cosas podría ser antes de que la siguiente burla hubiere salido de la boca del más reciente escéptico. Tengan confianza en el Resucitado, y vivan en el poder de Su resurrección.



(α) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Lucas 24. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

Lucas 24

La resurrección

1 El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas.

2 Y hallaron removida la piedra del sepulcro;

3 y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

4 Aconteció que estando ellas perplejas por esto, he aquí se pararon junto a ellas dos varones con vestiduras resplandecientes;

5 y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?

6 No está aquí, sino que ha resucitado. Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea,

7 diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea

entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día.

8 Entonces ellas se acordaron de sus palabras,

9 y volviendo del sepulcro, dieron nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás.

10 Eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas, quienes dijeron estas cosas a los apóstoles.

11 Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían.

12 Pero levantándose Pedro, corrió al sepulcro; y cuando miró dentro, vio los lienzos solos, y se fue a casa maravillándose de lo que había sucedido.

En el camino a Emaús

13 Y he aquí, dos de ellos iban el mismo día a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén.

14 E iban hablando entre sí de todas aquellas cosas que habían acontecido.

15 Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos.

16 Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen.

17 Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?

18 Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?

19 Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo;

20 y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron.

21 Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido.

22 Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro;

23 y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive.

24 Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.

25 Entonces él les dijo: !!Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!

26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?

27 Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.

28 Llegaron a la aldea adonde iban, y él hizo como que iba más lejos.

29 Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos.

30 Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio.

31 Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista.

32 Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?

33 Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos, y a los que estaban con ellos,

34 que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón.

35 Entonces ellos contaban las cosas que les habían

acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan.

Jesús se aparece a los discípulos

36 Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros.

37 Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu.

38 Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos?

39 Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

40 Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies.

41 Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?

42 Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel.

43 Y él lo tomó, y comió delante de ellos.

44 Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.

45 Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras;

46 y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día;

47 y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.

48 Y vosotros sois testigos de estas cosas.

49 He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de

Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.

La ascensión

50 Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo.

51 Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.

52 Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo;

53 y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén.

Reina-Valera 1960